

sobre organización regional económica fueron claramente anticipadas en las teorías coloniales que elaboró este grupo de reformistas de las colonias.

El tercer grupo de disidentes fue el responsable del continuo crecimiento de la doctrina socialista desde las primeras décadas del siglo XIX... En dicho grupo, bien se expresara en los sentimientos evolutivos del socialismo utópico, o con los acentos revolucionarios del marxismo, en donde han de encontrarse las ideas de eficiencia técnica, de economías planificadas para conseguir el empleo total y de justicia distributiva, que se cuentan hoy entre los más importantes elementos en toda discusión de política nacional que afecta a las relaciones internacionales.

El desafío al librecombio por razones políticas constituyó un cuarto grupo de disidentes de las doctrinas económicas clásicas. Este reto resultó ser crucial. El resurgir de ideas proteccionistas en Europa—muy especialmente en Alemania— dependió más aún de causas políticas que de razones económicas. Friedrich List fue el profeta de nacionalismo económico y sus argumentos cayeron en tierra fértil, cuando la integración de los estados alemanes en un gran imperio nuevo situado en el corazón de Europa trastornó el equilibrio de poder. Este surgir de Alemania fue el más portentoso acontecimiento de la segunda mitad del siglo. Pero el nacionalismo no se limitó a Alemania. El comercio puede superar las barreras de tarifas; pero no puede contender con las prevenciones e inseguridades creadas por la guerra económica, manejada como un complemento de la diplomacia, que se basa en los armamentos.

Las contribuciones de estos grupos disidentes al pensamiento económico han quedado oscurecidas por la loa tributada a los economistas clásicos, cuyas teorías habían sido llevadas a la práctica en la experiencia librecambista que, a lo que parece, fue cimiento de la posición predominante de Inglaterra en el comercio y las finanzas durante el siglo XIX. La influencia de los economistas clásicos se extendió más a causa de que sus teorías proporcionaron la estructura lógica y analítica que sirvió para que edificaran sus doctrinas sobre ella los economistas posteriores. Las herejías nunca se olvidaron completamente. Durante todo el siglo XIX se repitieron de vez en cuando. Pero no lograron el reconocimiento intelectual, puesto que las normas prácticas propuestas por la escuela ortodoxa parecían estar sancionadas por la experiencia. Con todo, en nuestra propia época, en que se desarrollan bloques regionales, en que el empleo total y el desarrollo económico nacional resultan consignas aceptadas, y en que la estrategia económica no puede abandonarse, a menos de arriesgar la existencia misma nacional, podría acaso prestarse más atención a aquellas voces del pasado.

LECTURAS

Tema A: Principios de la Economía Clásica.

John Ramsay M'Culloch (1789-1864)

John Ramsay M'Culloch no es tan importante por las aportaciones que hiciera a la teoría económica clásica, como por los aciertos que logró al popularizar las doctrinas económicas de Adam Smith, Thomas Malthus y David Ricardo. En cuanto expositor del sistema clásico de pensamiento económico, M'Culloch llegó a ser "la más prominente figura del mundo económico durante el período de 1820 a 1850" (Taussig), pero también la víctima propiciatoria de la mayoría de los ataques enderezados contra la ortodoxia económica. Algunos de los comentarios más destructivos de Karl Marx a la escuela clásica no están dirigidos contra Ricardo, sino contra M'Culloch. Tal vez ello fue inevitable, porque éste aplicó las doctrinas clásicas a los problemas del día de la forma más consecuente e intransigente.

Las selecciones reproducidas aquí pertenecen a los *Principios de Economía Política* de M'Culloch y constituyen buena muestra de cómo la escuela clásica aplicaba en la práctica los conceptos teóricos, en apoyo de los principios de *laissez-faire*. Esto es particularmente evidente en la manera que tiene M'Culloch de referirse a los efectos de la maquinaria, a la "ley de mercados" y a la clásica teoría de los salarios. La selección empieza por definir la producción y declarar la filosofía subyacente a la teoría clásica del valor según el trabajo. Reflexiona sobre las opiniones de ciertos disidentes anteriores, como Simonde de Sismondi (1773-1842) y Malthus, en opinión de los cuales cabía que se produjeran consecuencias negativas para los trabajadores por culpa del progreso tecnológico, y acaba adhiriéndose al famoso principio de Jean-Baptiste Say: la sobreproducción general "saturación universal" es imposible.

La "ley de mercados" de Say, formulada por primera vez en 1804 y aceptada por la mayoría de los economistas clásicos, tuvo la importancia de haber presentado una prueba, al parecer objetiva, de la fundamental ordenación del sistema de la libertad natural. Al afirmar que la producción engendra su propia demanda, niega la posibilidad de que se produzcan serios desajustes económicos dentro de una economía del libre mercado; de esta forma, los economistas clásicos propendían a desconocer el ciclo de los negocios en la moderna sociedad económica.

En la nueva forma que M'Culloch dio a la teoría ricardiana de los salarios se revela idéntica confianza en la ordenación de los quehaceres económicos, ordenación que no necesita ser planeada. Esta teoría, en lo fundamental, lleva a la conclusión de que la proporción de salarios depende de la relación entre capital y población; y puesto que, con Malthus, se creía que ésta tiende a aumentar más rápidamente que el primero, la situación de los trabajadores tenía que

irse acercando a su nivel mínimo de subsistencia, a menos que la tendencia de la población a incrementarse fuera frenada por una serie de "restricciones morales". Este era el sentido que tenía la férrea ley de salarios, de Ricardo, según la cual el valor de los mismos en el mercado tendía a ser igual que su valor natural, siendo éste "el importe necesario para que los trabajadores puedan, uno con otro, subsistir y perpetuar su raza, sin aumento ni disminución". Esta teoría de los salarios ha sido calificada a veces como teoría de los fondos para salarios, por suponer que los mismos eran pagados "del capital"; esto es, como teoría del fondo necesario para salarios con el fin de dar efecto al trabajo. También de ella se sigue que cualquier interferencia en el libre mercado del trabajo (como, por ejemplo, la legislación de beneficencia o de salarios mínimos) conducirá probablemente a un incremento más rápido de la población, frustrándose con ella la perseguida meta del mejoramiento en las condiciones de vida de los pobres. Según las palabras de Ricardo, "Es una verdad, que no admite duda, que la comodidad y el bienestar del pobre que no pueden asegurarse permanentemente sin ciertas consideraciones por parte del mismo, o algún esfuerzo por parte de la legislación, para regular el aumento del número de pobres y hacer menos frecuentes entre ellos los matrimonios prematuros y precipitados. El efecto de las leyes de beneficencia ha sido precisamente contrario a esto. Han hecho inútiles las restricciones y han invitado a la impremeditación, ofreciendo a ésta una porción de los salarios que correspondían a la prudencia y la laboriosidad." La ciencia económica se hizo, en verdad, un saber lúgubre.

PRINCIPIOS DE ECONOMIA POLITICA

Parte II: Producción de la Riqueza

SECCION I: DEFINICION DE LA PRODUCCION —EL TRABAJO COMO FUENTE UNICA DE LA RIQUEZA.

Todas las operaciones de la naturaleza y el arte pueden reducirse a *trasmutaciones*, y realmente consisten en éstas: es decir, en cambios de forma y lugar. Por producción, en la ciencia de la Economía Política, no hemos de entender la producción de la materia, pues ella es atributo exclusivo de la Omnipotencia, sino la producción de *utilidad*, y en consecuencia de un valor de cambio, mediante la conveniente adaptación y modificación de una materia ya existente, para que sirva a la satisfacción de nuestras necesidades y contribuya a proporcionarnos un disfrute. El trabajo que se emplea así es la única fuente de la riqueza. La naturaleza ofrece espontáneamente la materia de que se hacen todas las mercancías; pero es totalmente carente de valor, y ni es ni ha sido considerada nunca engendradora de riqueza, mientras no se le aplique un trabajo que disponga convenientemente de la materia, o la adapte a nuestro uso. Coloquémonos en las orillas de un río, o en medio de un huerto, y moriremos infal-

blemente de sed o de hambre, si, por un esfuerzo de industria, no llevamos el agua a nuestros labios o no tomamos la fruta de los árboles. Rara vez no obstante, es suficiente la simple apropiación de la materia. En la inmensa mayoría de los casos se requiere un trabajo no solamente para tomarla, sino también para transportarla de un lugar a otro y darle aquella peculiar forma y figura sin las cuales sería totalmente inservible e incapaz de satisfacer nuestras necesidades o nuestros caprichos. El carbón que quemamos en nuestros hogares está profundamente enterrado en las entrañas de la tierra y carece en absoluto de valor hasta que el trabajo del minero lo haya extraído de la mina y se haya colocado en situación de poder hacer uso de él. Las piedras y el mortero de que están hechas nuestras casas, y los materiales vastos e informes que sirvieron para preparar los varios objetos útiles y de ornamento que en ellas se ven, estaban en su estado original igualmente desprovistos de valor y utilidad. Y de la innumerable variedad de productos animales, vegetales y minerales que constituye la materia de nuestro alimento y nuestro vestido, no había nada utilizable al principio; en cambio, muchos eran nocivos en extremo para el hombre. Es el trabajo de éste lo que da valor a aquellos productos, nulifica sus malas cualidades y hace que satisfagan sus necesidades o sirvan para su comodidad y gozo. "El trabajo fue el precio primero, la moneda original de compra que se pagaba por todas las cosas. En un principio no fueron el oro ni la plata, sino el trabajo, el que servía para comprar todas las riquezas del mundo".

Si observamos el progreso y seguimos la historia del humano linaje en los diferentes países y estados de la sociedad, hallaremos que el confort y la felicidad de que disfrutó siempre han estado en proporción muy estricta a la capacidad que ha tenido para conseguir la adaptación de los productos en bruto que ofrece la naturaleza, y acomodarlos y plegarlos a su uso. El salvaje cuyo trabajo se limite a coger frutos silvestres o a recoger los moluscos de las costas, está en el peldaño íntimo de la escala de la civilización y, en cuanto a comodidades, queda muy por debajo de muchos animales inferiores. El paso *primero* que se da en el progreso de la sociedad data del momento en que el hombre aprende a cazar animales selváticos, a alimentarse de su carne y a vestirse con sus pieles. Mas el trabajo que se reduce a la caza es extremadamente estéril e improductivo. Las tribus de cazadores, al igual que animales de presa, con los que se ha dicho justamente guardan estrecha semejanza por sus hábitos y modos de subsistencia, apenas se extiende por la superficie del país que ocupan; y, a pesar de lo pocos que son, cualquier escasez desacestumbra de la caza los empuja inevitablemente a una extrema indigencia. El *segundo* paso en el progreso de la sociedad se gana cuando las tribus de cazadores y pescadores aprenden a consagrar su trabajo a la domesticación de animales salvajes y a formar rebaños, como los antiguos escitas y los modernos tártaros. La subsistencia de los guardadores de ganado y pastores es mucho menos